

ARÁNZAZU

EN dos Conferencias, que ante numeroso y selecto público dió en el Centro Católico de esta ciudad el digno abogado del Estado, D. Julián Lojendio, desarrolló magistral y elocuentemente el tema que sirve de epígrafe a las presentes líneas.

El exordio fué brillante, arrebatador, y en frases vibrantes de rendida adoración a la Virgen María, hizo resaltar la intensa devoción que en todos tiempos se ha profesado a la Madre de Dios, venerada en las místicas cumbres del gigantesco Aloña.

A continuación demostró su pleno conocimiento y dominio de la materia objeto de la Conferencia, en el erudito estudio bibliográfico, en que hizo desfilar cuantos autores antiguos y modernos han dedicado sus fervorosas plumas a cantar las glorias de la Virgen de Aránzazu, y a describir la accidentada historia del venerado Santuario.

Digno complemento y adecuada coronación de este estudio bibliográfico, fué la presentación de un ejemplar del «Paranympho celeste. Historia de la mystica zarza, milagrosa imagen y prodigioso Santuario de Aránzazu, de religiosos observantes de N. P. S. Francisco, en la provincia de Guipúzcoa», obra rarísima, cuya adquisición intentan sin resultado los más entusiastas bibliomanos.

La sencilla, poética y piadosa leyenda de la aparición de la Virgen, tuvo en el conferenciante afortunado intérprete, quien en sentidos párrafos describió el asombro y admiración del humilde pastorcillo Rodrigo de Balzátegui al descubrir la milagrosa imagen y al exclamar candorosa e ingenuamente: *¿Arantzan zu?*

Examinó con arreglo a los más depurados preceptos de crítica histórica, las circunstancias que concurrieron en el milagroso suceso y

los hechos memorables que sucedieron a la aparición de la venerada Imagen.

Describió en maravillosos períodos de sugestiva elocuencia, la silueta imponderable del abrupto y empinado Aloña, en cuyas escabrosas faldas, que niegan al hombre espacio para posar su planta, halló la fe vivísima de un pueblo creyente, cimiento adecuado para levantar el templo grandioso que proclama al mismo tiempo las glorias de María y la religiosidad del pueblo vasco.

Las dificultades de construcción en lugar solitario y sin vías de comunicación, las pintó de mano maestra, destacándose aún más la tenacidad y decisión vascas, al recordar que al año justo de su inauguración se incendió el templo con tantos esfuerzos y sacrificios levantado, que, reconstruido, volvió a ser nuevamente pasto de las llamas, con lo que no sólo no decayó el ánimo, sino que se construyó la hermosa iglesia en que se rinde hoy espléndido culto a la Madre de Dios de Aránzazu.

Esta soberana Señora premió tanta abnegación, derramando sobre sus fieles raudales de gracias y bendiciones, y pronto por valles y aldeas corría la nueva de milagros realizados por intercesión de la Virgen.

Recordó a este propósito al almirante Antonio de Oquendo, quien atribuyó a la protección de la Virgen de Aránzazu la victoria que alcanzó en Pernambuco sobre la armada holandesa. Este heroico marino acudió personalmente al Santuario a expresar su agradecimiento a la Madre de las bondades, y dejó en señal de piadosa ofrenda diversos trofeos del combate, de los que en la actualidad se conserva una granada con la inscripción que asegura su autenticidad.

Citó también a D. Diego de Butrón, quien hizo espléndidos regalos, muestra de su filial agradecimiento, por haber conseguido rechazar con éxito a los sitiadores de la plaza de Fuenterrabía.

Estos hechos sirvieron al conferenciante para referirse a los innumerables casos que pudieran llamarse anónimos, de curaciones y otras gracias en que aparece palpable la intervención de la Reina de los Cielos.

Recordó la gran veneración que en todas épocas se ha tenido a la Virgen de Aránzazu, cuya imagen ha recibido culto tierno y acendrado en muchas poblaciones, especialmente en las ultramarinas, y refiriéndose a nuestro país dedicó entusiasta recuerdo a las peregrinaciones que anualmente se dirigen a los pies de la Virgen, y en especial a

la imponente manifestación diocesana celebrada en 1881 y a la solemne coronación que tuvo lugar en 1886.

En la segunda Conferencia, destácase por los admirables trazos de su elocuencia arrebatadora la emocionante descripción del último incendio de que fué víctima el Santuario en los días luctuosos en que una lucha fractricida asolaba los campos, otras veces tranquilos, de la Euskal-erria.

Una inmensa fogata ilumina la tétrica procesión de los modestos religiosos que, rodeados de bayonetas, trasladan la venerada Imagen a Oñate.

Ante el recuerdo de profanación tan horrenda y despiadada, revélase el orador en santa y sublime indignación, y con acento viril e imperiosa entonación exclama: «La Historia se encargará de juzgar inexorablemente a los autores de este atentado».

El Santuario cae derrumbado por la acción de las llamas, pero vuelve la Virgen a su místico trono de Aloña, y la fe, la generosidad sin límites de la raza, levanta de nuevo, restaura, embellece y sublima el templo dedicado a la dulce y tierna devoción a la Madre de Dios de Aránzazu.

Y continúan sin cesar las obras de embellecimiento, y se levantan nuevos edificios donde albergar a los peregrinos y se realiza la obra que pudiera llamarse gigantesca, de trazar y ejecutar amplia y reposada carretera que desde Oñate se dirige al Santuario.

Termina cantando un himno vibrante en honor de la Excelsa Señora, y recordando la obligación que con él habían contraído de organizar peregrinaciones anuales a Aránzazu, único fin que se había propuesto al preparar estas Conferencias. Encomendó la tarea a los vascos, cuyas dotes organizadoras son harto conocidas, y a la Junta Directiva del Centro Católico, que tanto celo ha solido desplegar en idénticas ocasiones.

Para finalizar, e interrumpido por frecuentes y ensordecesores aplausos y aclamaciones, pidió que, así como nuestros hermanos los vizcaínos han declarado por su celestial Patrona a la Virgen de Begoña, los guipuzcoanos debemos trabajar sin tregua ni descanso, hasta conseguir que lo sea nuestra, la Madre de Dios de Aránzazu.
